

en la música moderna, de ritmo desgarrado, que nos hace estremecer como un lamento o una amenaza. Los ciudadanos yanquis disfrutaban actualmente de la prosperidad acumulada por varias generaciones de hombres de color que llevaron una vida franciscana, de privaciones y desprendimiento de los goces de la tierra, en los ingenios de azúcar y en las plantaciones de algodón, y se consolaron con la Biblia—pozo inagotable para la sed del rebaño humano—o con los sencillos cantos metodistas. El orgulloso norteamericano de nuestro tiempo cree que toda esa grandeza que le rodea ha sido creada únicamente con su esfuerzo, sin sospechar que lenguas y sangres diversas han concurrido a la construcción de la moderna Babel y que en cada piedra está gritando una cultura diferente. Los genuinos yanquis han jugado solamente el rol de empresarios en esta edificación ciclópea. El negro, eterno "prisionero de su piel", es el que más ha arañado la tierra para que brotara ese río de oro que va a desembocar en Wall-Street y se esparce luego como inmensa red apresando naciones y pueblos de los cuatro continentes.

SALAVIN, VIAJERO

Nuevamente Luis Salavin deja su casa de la calle Pot-de-Fer (¿vive ahí o en Val de Grace?), para medir los caminos del ancho mundo. Ha visto ya casi toda la Europa y varias veces se ha refugiado en Africa, huyendo del maquinismo y de los prejuicios de la civilización occidental. La anterior escapada fue a Rusia—que también visitaron Luc Durtain, Blaise Cendrars, Barbusse, Panait Istrati—y de allí regresó con su corazón liberal sofocado por las pieles, el vodka, los soldados y los campesinos. Otra vez al escritorio de empleado modesto y al diván aquel del que decía Henry Bidou que era "el más profundo retiro de Salavin, la concha del caracol". Luego, andar, de nuevo. Mas ahora hacia los Estados Unidos, o sea el reverso de la estampa soviética. Conocer quería los dos polos de la civilización contemporánea: el

Estado colectivista donde un partido político ejerce el poder en nombre del proletariado, y el Estado individualista, donde el capitalismo gobierna en nombre del pueblo.

Tres normas mentales se había fijado Salavin-Duhamel: calma pura, equilibrio, serenidad. ("Retrato de Salavin por él mismo"), y la visión de la América sajona tenía que parecerle excesiva. Los rascacielos alojándose en las nubes. El Empire-State de New York plantado en el camino de los dirigibles. Hormigueros humanos moviéndose ordenadamente al mandato de los timbres y los guiños luminosos. "Civilización de insectos", anota el viajero. Y más allá: "ciudades humanas construídas en un suelo que no invita a la moderación. Lagos, valles, ríos, bosques, llanuras, todo es desmesurado. Nada parece hecho para inclinar al hombre hacia un sentimiento de armonía." Luego Chicago, la ciudad-cáncer. La deificación de la máquina que lo arrolla todo y amenaza transformar a nuestro siglo en una edad ciega, imperialista.

Duhamel se va al campo para airear y tonificar su espíritu. Mas el campo en los Estados Unidos aparece tiznado de carbón, prisionero entre vallas, construcciones, letreros prohibitivos, carteles industriales. Inconocible sin su libertad y su soledad nemorosa. Diríase que hasta la tierra misma no realiza allí su trabajo con alegría. Está sometida a la tortura de la explotación febril. El agricultor no cuida amorosamente la heredad, sino que trata de hacerla rendir el máximo provecho en el menor tiempo. No es este el agro francés que el campesino cuida, más que con amor, con secreta avaricia, ni mucho menos el agro holandés, amaestrado, vestido y alimentado científicamente para la conservación de su gran salud botánica.

El observador desconsolado busca la cifra espiritual—el significado—de la vida norteamericana en el hogar, los espectáculos, las costumbres. Mas por todas partes sólo halla un materialismo estrecho, oculto bajo un bar-

niz de aparente puritanismo. La reglamentación de los actos menores de la existencia diaria es llevada hasta el límite. Hay una especie de dictadura higienista y moralizadora que pesa sobre los individuos y las cosas. Se ha hecho una ley para reducir la duración del beso de cine a la longitud de siete pies de celuloide. El consumo de alcohol es prohibido, pero en la feliz tierra del dipsómano Edgar Allan Poe, todo el mundo—sin excluir la mujer—bebe hasta el delirio, hasta la muerte. Cocktails de agua de Colonia. Cocktails de agua dentífrica. Cocktails de alcohol de madera. Miles de individuos viven del contrabando, son poderosos como reyes y constituyen la primera fuerza electoral en la política, gracias a la prohibición. Confort sí lo hay, mas este es "puramente muscular y táctil", nos dice Duhamel.

Este gran libro es uno de los documentos más fieles sobre los Estados Unidos. Entre los libros franceses del género—parciales en su mayor parte—ocupa un lugar excepcional por su elevación e independencia. Fresca está todavía la lectura de "Un Ojo Nuevo sobre América", del joven escritor Paul Achard, que fue a New York invitado por una empresa cinematográfica yanqui. Aun tenemos en el paladar el sabor del caramelo cosmopolita de Paul Morand, que cantó a la gran urbe "encrucijada del planeta". El libro de Duhamel es el de un hombre libre que pertenece a la estirpe espiritual de Rabelais, Voltaire y Montesquieu. La Academia Francesa ha discernido con razón un premio excepcional a estas "Escenas de la Vida Futura", que andan ya traducidas a varios idiomas.

Para completar su juicio panorámico de nuestro siglo, Georges Duhamel acaba de publicar su "Geographie Cordiale de l'Europe", donde están consignados sus viajes por Holanda, Grecia y Finlandia. La simpatía por el mundo que alienta en todos los libros del creador de Salavin, le coloca a la cabeza de los escritores franceses de generoso sentimiento universalista, entre los cuales están Jules Romains,

Philippe Soupault, Jules Supervielle, Valery Larbaud y Pierre Mac Orlan. Todos pertenecen a la línea de André Gide, del que han tomado su fecunda "sed de conocer". Aun hay otros escritores "gideanos", pero de inclinación campesina, católica o localista: Henry de Montherlant, León Paul Fargue, Ramuz, Max Jacob.

Duhamel sabe infundir a sus obras un gran aliento humano que le va acercando día a día al pueblo y le dará la altura definitiva al lado de los maestros excelsos. Sus libros serán buscados cada vez con mayor afán. Novelista de los niños, cantor de los humildes—tiene un tomo de poesía unánimista, "Compagnons"—, amigo de todos los que sufren, Duhamel se identifica con su personaje Salavin, que quería ir "hacia la santidad sin la fe". Indiferente a la frescura del laurel, el gran escritor francés trabaja sin descanso. Medita sobre los problemas contemporáneos. Ve el mundo. Anda por las modernas ciudades. Moscú, New York, Berlín, le han visto pasar sobre el friso de la muchedumbre. Su mirada compasiva, tras de los lentes de cerco de carey, parece poner sobre los hombres un gran resplandor de piedad.

LA BIBLIOGRAFIA HISTORICA DE LA REVOLUCION RUSA

Durante los últimos diez años, la bibliografía histórica de la revolución comunista ha sido bastante amplia, tanto la que podemos llamar "literatura blanca", por lo adversa al actual régimen, cuando la literatura favorable a los bolcheviques. De esto ha resultado el tipo desorientado que adopta sin meditar cualquiera de las dos actitudes. Así nos encontramos con furiosos pseudo-comunistas que aparecen informados en libros de literatura roja, y también con apasionados defensores de las ideas burguesas de un régimen capitalista. Seguramente el tipo medio de equilibrio entre estas dos posiciones sería absurdo, sería el "dilettante", y como tampoco lo puede ser el crítico, por su misma fun-